

LA AMISTAD DE SARMIENTO Y AVELLANEDA

Uno de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia, es de cuando iba con mi madre a casa de mi abuelo Nicolás Avellaneda, el hijo del Presidente.

Era como entrar en la Historia Argentina. El nos hablaba de las tradiciones familiares, nos enseñaba la “Oración a la Bandera” de Avellaneda y daba un premio al nieto que la supiera de memoria y la dijera mejor.

Hela aquí:

“Esta bandera es, sobre todo, la bandera de la Nación, y pueblos compuestos de millones y millones de hombres libres seguirán inclinando su frente a su paso, hasta la terminación de los siglos.

Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy y en su futura y portentosa grandeza.

Vamos ahora a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar a su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos, que le fueron prometidos por Belgrano al hacerla flamear sobre su cuna”

Hoy quiero hablar de Sarmiento y Avellaneda, y al acercarme a ellos en el pensamiento, vuelvo a sentir las mismas emociones de mi niñez.

Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda no fueron hombres perfectos. Esos hombres no existen. Tuvieron defectos y cometieron errores como cualquier ser humano. Pero fueron dos personas extraordinarias; todo en sus pensamientos fue caudaloso y también sonoro.

Quisiera presentarlos hoy en un momento de sus vidas, que considero fue crucial para su futuro, e importantísimo para la historia de sus presidencias.

Corre el año de 1867. Sarmiento se encuentra en Estados Unidos. Todavía sumido en el dolor causado por la muerte de su hijo Dominguito, acaecida un año antes en el asalto de Curupaytí, en la guerra del Paraguay. De ese hijo que iba a ser la continuación de sus esperanzas, “El rico vaso a quien pensó trasegar su pensamiento” ...

El trato diario con las luminarias intelectuales de los Estados Unidos, quizás alivia un poco su tristeza. Es amigo de los filósofos y de los poetas, de los sabios y de los científicos. Escribe, traduce, estudia. Parece que se dispersa por cien caminos distintos. Sin embargo, hay un acorde que domina su acción y su pensamiento. Es su vocación de enseñar.

Para Sarmiento no puede haber libertad en la ignorancia.

No es una frase hueca para adornar su discurso. Es más bien la cicatriz de una herida que todavía sangra interiormente. Es el recuerdo de la única y humilde escuelita de San Juan, donde hizo sus primeras letras. Del rancho de adobe, de la aldea de San Francisco del Monte en la provincia de San Luis, donde su tío Fray José de Oro le transmitía sus conocimientos un tanto eclécticos. Es el recuerdo de su vida de minero en Copiapó, en Chile, leyendo de noche a la luz de una vela, cuanto libro le caía en las manos.

Es la frustración de no haber podido estudiar en Córdoba o en Buenos Aires.

Es también la visión de las montoneras bárbaras, salvajes, destrozando todo en su ignorancia.

En Estados Unidos Sarmiento asiste a cinco congresos pedagógicos. Ha sido amigo del profesor Horace Mann, que influyó mucho en sus ideas sobre educación. Visita escuelas, colegios, Universidades. Está alerta a todo movimiento nuevo de enseñanza que surja.

LA MEMORIA DE GOBIERNO DE AVELLANEDA

Entre la nutrida correspondencia que le llega desde la Argentina, un día Sarmiento recibe un escrito que lo llena de admiración y entusiasmo. Es la *Memoria de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires*. Se lo envía su joven amigo, el Ministro del Gobernador Alsina: Nicolás Avellaneda.

El 20 de septiembre de 1867, Sarmiento le escribe a Avellaneda una larga carta, en la que comienza por agradecerle las palabras que pronunció en el entierro de Dominguito. Palabras que guarda en su *“mesa de luz, pegado a las páginas de Tennyson que leo de cuando en cuando para no olvidar lo que tanto amé”*, le dice. Y luego agrega *“Las bellas palabras de Ud. han sido trasladadas al inglés para interesar a los lectores de otro modo indiferentes”*.

Enseguida le habla del *Mensaje de Gobierno*, diciéndole que la parte consagrada a la Instrucción Primaria le ha hecho esperar por la salvación de América. Que ese documento en los Estados Unidos, haría sensación. Que tiene méritos que acaso él mismo no se da cuenta, y que lo felicita por el trabajo que motiva esta carta.

Pero eso no es todo. Sigue acumulando alabanzas hasta llegar a decir: *“Con hombres como Usted con exposiciones como la suya, creo que estamos a la víspera de comenzar una nueva época en las ideas de gobierno, i en los medios de llevarlas a cabo” ...*

Ninguno de los dos sabía entonces, que al escribirse esas palabras quedaba nombrado el Ministro de Justicia e Instrucción Pública del futuro Presidente Sarmiento.

Porque desde ese ministerio y luego desde la Presidencia de la Nación, Nicolás Avellaneda revolucionaría el concepto de educación, dándole la grandeza querida por la Constitución Argentina.

¿Y cuales habrán sido los sentimientos de Avellaneda al recibir esos elogios? Sin duda debe haber quedado embargado por una profunda emoción. Era el espaldarazo del maestro, del único argentino que él considera superior, porque ya había dado su pensamiento a una época.

NICOLAS AVELLANEDA

Nicolás Avellaneda no había cumplido todavía los treinta años de edad. Había llegado a Buenos Aires antes, en 1857, sólo, pobre e ignorado, pero con una voluntad de acero, como decía Paul Groussac.

Traía sombras terribles sobre sus hombros frágiles. El bárbaro asesinato de su padre, Marco Avellaneda, Gobernador de Tucumán, degollado por orden de Oribe, cuando fracasó el levantamiento de las provincias del Norte contra Rosas para quitarle la representación en las Relaciones Exteriores. Los largos y tristes años del destierro aprendiendo a leer y a escribir en la arena de Tupiza en Bolivia porque no tenían ni siquiera con que comprar papel y pluma.

Mas tarde ya de regreso, realiza los estudios en el Colegio de Montserrat en Córdoba, lejos de su familia y de su hogar. Fue allí donde respondió al Rector que sostenía que era demasiado joven para ser Celador: *“Señor, el infortunio hace precoces a los hombres”*.

Traía un santo horror de la tiranía y la barbarie, y un principal anhelo en su corazón: instruir al pueblo argentino, para ponerlo en posesión de su destino de grandeza.

Fueron esas sombras y ese anhelo las que hicieron que Sarmiento le distinguiera con su amistad y su interés, desde el primer momento en que lo conoció. Era veinte años mayor que él, curtido en todas las lides, Senador de la Nación, Coronel del Ejército, gran escritor. Ya había peleado contra Rosas, ya había escrito *Facundo, Recuerdos de Provincia...*

Fuerte, macizo, áspero, colérico e impulsivo, presentaba un vivo contraste con la figura delgada y fina de Avellaneda, que era reflexivo y conciliador. Sin embargo, la amistad de estos dos hombres

tan distintos, estuvo siempre por encima de sus diferencias, aún las religiosas. Porque estuvo basada en un puro y desinteresado ideal: querían hacer de la naciente República Argentina un mejor lugar para vivir. Un país de paz, un país civilizado.

Para ello había que ponerla por encima de todo interés localista. Había que combatir a manos llenas la ignorancia, que genera las tiranías.

¡Qué desafío!

En la *Memoria* de 1867, está trazado a grandes rasgos, el camino a seguir. Y no se le escapó a Sarmiento la importancia de esa revelación.

Mas tarde la obra realizada por Nicolás Avellaneda al frente del Ministerio de Instrucción Pública confirmó la visión de Sarmiento.

Fue titánica. Abarcó todos los aspectos de la educación y la cultura desde la instrucción primaria hasta el Observatorio Astronómico de Córdoba. Fue realizada en momentos difíciles, con pocos recursos, en medio de la epidemia de fiebre amarilla, con los malones de indios arrasando las poblaciones y robando el ganado.

Sarmiento dejó actuar a su joven Ministro con entera libertad. A tal punto, que muchas veces no se enteraba de las medidas tomadas por Avellaneda hasta mucho tiempo después.

“Bajo mi ministerio -dice Avellaneda- se dobló el número de los colegios, se fundaron las Bibliotecas Populares, los grandes establecimientos científicos como el Observatorio, se dio plan y organización a los sistemas escolares, y provincias que encontré como La Rioja sin una escuela pública, tiene ahora tres mil o cuatro mil alumnos...”

“Es la página de honor de mi vida pública y la única a cuyo pie quiero consignar mi nombre.”

“¿Cuál fue la intervención del señor Sarmiento en estos trabajos, que absorbieron mi vida por enero durante cinco años?

El nombre del señor Sarmiento al frente del gobierno era por sí solo una dirección dada a las ideas y a la opinión en favor de la educación popular; su firma al pie de los decretos era una autoridad que daba prestigio a mis actos.

Su intervención se redujo, sin embargo, a esta acción moral. Supo el señor Sarmiento que había Bibliotecas Populares y una Ley nacional que las fundaba cuando habían aparecido los primeros volúmenes del Boletín de las Bibliotecas, y éstas se habían convertido en una pasión pública. El señor Sarmiento no se dio cuenta de la ley de subvenciones y de su mecanismo sino en los últimos momentos de su gobierno. Esto es todo y es la verdad.”

No cabe ninguna duda de la plena confianza que Sarmiento tenía en su joven ministro.

LA MEMORIA DE GOBIERNO DE 1867

No es el momento, de estudiar en detalle la labor de Avellaneda en materias de educación. Pero sí me gustaría dirigir una mirada, aunque mas no sea a vuelo de pájaro, sobre la famosa *Memoria de Gobierno* de 1867. La que tanto entusiasmó a Sarmiento. La que Avellaneda en unos apuntes íntimos consideró fundamental por el pensamiento, y porque encerraba la exposición principal de sus ideas.

¿Y cuáles eran esas ideas?

Por de pronto, el concepto principalísimo de República. La Res-pública. El pueblo es el artífice de su destino. Como individuo y como sociedad.

Pero si ese pueblo no está preparado para labrar ese destino, caerá tarde o temprano en los desórdenes, en las luchas fratricidas, en una dictadura. No será capaz ni siquiera de elegir libremente sus gobernantes, pues quedará engañado fácilmente, por las promesas falsas del primer demagogo.

Es por lo tanto necesario formar, instruir y educar esa sociedad.

Ya lo ha previsto la Constitución Nacional, colocando a la Instrucción Pública entre los deberes primeros de los Gobiernos.

Debe ser una educación popular y no elitista.

¿Qué obtendrían con tener dos o tres centros universitarios para unos pocos, si la gran mayoría de los individuos sigue sumergida en la ignorancia?

Por eso la principal preocupación del Gobierno tendrá que ser el adelanto de la educación primaria.

Estos conceptos, son muy fáciles de comprender y no se discuten.

Pero tremendamente difícil será ponerlos en práctica, en un país con un altísimo porcentaje de analfabetismo. Donde no hay maestros, ni instituciones para formar esos maestros. Donde no hay casi escuelas, y poquísimos recursos para mantener las pocas que hay.

Rodeados de indios que invaden los campos y los pueblos. Con epidemias terribles.

Es un panorama que desanima al más valiente.

Agravado además por la llegada de los inmigrantes, pues *“9 de cada 12 que llegan a nuestras playas”, nos dice Avellaneda, “no saben leer; y su ignorancia se refunde con la de nuestras muchedumbres para perpetuar los males que tan hondamente nos aquejan”*.

Nicolás Avellaneda es consciente de la enormidad de la tarea que hay que realizar.

Cuando nos dice que el aumento de concurrencia a las pocas escuelas de la provincia de Buenos Aires, había sido ese año de 1.300 alumnos, pero que eran 70.000, los niños que había que educar, sentimos que desfallece.

Pero inmediatamente sostiene que *“Es posible lo que es necesario, puesto que los pueblos deben realizarlo sin retroceder ante esfuerzo alguno”*.

“Los pueblos, deben realizarlo; no solamente el gobierno”.

Hay que infundir entonces, la pasión por la educación popular, que atraerá más niños a las escuelas que la ley de instrucción obligatoria. En una palabra, Avellaneda sostiene el principio de atracción antes que el de coerción.

Otra de sus grandes preocupaciones fue el maestro. De los maestros depende el éxito o el fracaso de una escuela. Y el maestro no se improvisa, sino que debe ser formado, y eso sí, es la responsabilidad más seria del Gobierno.

Quiere incorporar a la mujer a la enseñanza por ser ella el mejor de los maestros y el más perseverante.

Quiere que los maestros estén bien remunerados y para ello deben crearse fondos especiales.

Habría entonces una niñez instruida por maestros decorosamente remunerados, en escuelas bien provistas. Pero falta algo más en la visión ideal de Avellaneda. No le basta que el niño aprenda a leer; sino que quiere que adquiera el gusto por la lectura, que acceda al libro, que es la memoria escrita de la humanidad.

Por eso nacieron durante su Ministerio, las famosas Bibliotecas Populares.

Mucho se criticó esa siembra de libros por todo el territorio de la República. Que muchos de ellos se perdieron o se destruyeron, es verdad. Pero hay una anécdota real que por sí sola redime el intento.

Leopoldo Lugones, el futuro gran escritor, y autor de *La Guerra Gaucha*, vivía con sus padres en una aldea de la Provincia de Santiago del Estero. En la escuela local, quedaban algunos volúmenes de las Bibliotecas Populares, encuadernados en tela verde con el escudo argentino dorado en la tapa. Cuenta Lugones que la lectura de uno de esos libros *“La Metamorfosis de los Insectos”*, fue como una luz en su espíritu que le reveló el amor de la Naturaleza. *“Yo sé, dice, que esto ha constituido la determinación profunda de mi vida intelectual”*.

Lugones conoció la poesía y la amó, a través de otro libro de esa misma Biblioteca Popular. *“La Jerusalén Libertada”* de Torcuato Tasso.

¡Cuántos otros ejemplos habrá, que no conocemos, de argentinos que accedieron a la “Historia del espíritu humano”, ¡gracias a alguno de esos libros de Avellaneda y Sarmiento!

Avellaneda era un lector apasionado. Su Biblioteca era su gran tesoro. En aquel recinto de la casona de su mujer, Carmen Nóbrega Miguens, rodeado de los magníficos muebles de ébano y marfil que contenían sus amados libros, era feliz. Tuvo que desprenderse de ella para poder pagar su viaje a Europa. Iba en busca de una cura para la enfermedad que lo consumía.

Creo no equivocarme al pensar que únicamente la idea de salvar su vida, puede haberlo decidido a perder sus libros.

Era un estudioso de la historia. La historia era para él un mirador del presente y del porvenir. Fuente viva, nunca estanque muerto. De esos estudios surgían ideas nuevas, grandes líneas de pensamiento.

Parecía un romántico, un soñador, y quizás lo era. Pero tenía una mente práctica. Era un constructor.

A su amigo el diplomático Manuel Rafael García que se hallaba en París, le escribe: *“La observación y el estudio lo han enriquecido a Ud. con ideas útiles que deben ser traídas como materiales a la obra. ¿Qué espera para venirse?”*.

La amistad entre Nicolás Avellaneda y Domingo Faustino Sarmiento surgió como admiración mutua en 1867. Eran el discípulo y el maestro.

Muy rápidamente se igualan en jerarquía.

Cuando termina la presidencia de Mitre, y aparece la candidatura de Sarmiento para sucederlo, las cartas que le envía Avellaneda son las de un sagaz y sincero asesor político.

Esa amistad tiene su punto más sensible con la muerte de Dominguito, y llega a una base sólida con la publicación de la *Memoria* de 1867. Se cristaliza y da frutos mientras trabajan hombro a hombro durante sus dos presidencias.

DOS PRESIDENCIAS MEMORABLES EN LA HISTORIA ARGENTINA

Durante el mandato de Sarmiento desde 1868 a 1874, se terminó la Guerra con el Paraguay y para reorganizar el Ejército y la Marina, funda el Colegio Militar y la Escuela Naval. Manda hacer el primer Censo Nacional. Para consolidar la paz interna, se reúne con Urquiza en Entre Ríos. Pero lo que destaca y da un brillo especial a su administración es sin lugar a dudas el impulso dado a la instrucción pública, a la educación y a la cultura, apoyando como hemos visto, sin retaceos a su Ministro Nicolás Avellaneda.

En 1874 triunfa la candidatura de Avellaneda sobre la de Mitre para sucederlo en la Presidencia de la Nación.

Ante dos derrotas en los comicios, los partidarios de Bartolomé Mitre en vísperas de la transmisión del mando, se levantan en armas en septiembre, alegando presión oficial y fraude electoral.

Mitre a pesar de que pública y anteriormente había sostenido que *“la peor de las elecciones vale más que la mejor de las revoluciones”*, desde el Uruguay, toma el mando de la Revolución desembarcando en el Tuyú para unir sus fuerzas y las de Rivas con las del General Arredondo. Ese es el momento en que Sarmiento decreta la clausura del diario de Mitre: *La Nación*.

En esas difíciles circunstancias se realiza la transmisión de mando y en el momento de colocarle la banda presidencial a Avellaneda, Sarmiento pronuncia estas significativas palabras: *“Sois el primer presidente que no sabe empuñar una pistola” ...*

Mitre es vencido completamente en la batalla de La Verde en el partido de 25 de Mayo, por el General Inocencio Arias. Es apresado y juzgado por un Consejo de Guerra, 5 de cuyos miembros lo condenan a muerte y los demás al destierro. Es indultado por el ya Presidente Nicolás Avellaneda y su diario reabierto en marzo de 1875.

Avellaneda le devuelve además su grado militar y en 1877 se realiza la Conciliación Nacional.

El General Arredondo se había rendido ante el Coronel Julio Argentino Roca.

Desde 1874 hasta 1880 Nicolás Avellaneda empuña el timón de la joven República Argentina. Le tocan tiempos difíciles con un país en bancarrota por la Guerra del Paraguay, crisis que resuelve con energía y valor. Asoladas las pampas por los malones de indios que destruyen todo a su paso, llevan cautivos a sus tolderías, roban el ganado de los campos para venderlos en Chile.

Cuando entrega el gobierno a Roca el país ha saldado todas sus deudas. No hay más malones indios. La Argentina exporta su trigo y sus primeras carnes congeladas, Buenos Aires es la capital de la República. La Ley Avellaneda ha concretado y ha facilitado la entrada de miles de inmigrantes. Y, como hemos visto hay escuelas, hay colegios, y maestros.

Después de 1880, la amistad de Sarmiento y Avellaneda se cubre quizás con una pátina que reduce su brillo, pero no desmerece su esencia.

Sarmiento iba a menudo, casi a diario a casa de los Avellaneda. Almorzaba con el Presidente y con Carmen Nóbrega que también lo apreciaba sinceramente. El respetaba y admiraba la caridad cristiana de la mujer de Avellaneda. Él casi ateo, se sentía muy consolado en el ambiente de profunda fe que se vivía en esa familia.

Como prueba de su gran estima le dedicó a Carmen un ejemplar magníficamente encuadernado de su libro *Facundo*. (Hoy ese libro está en el Museo de la Casa de Gobierno).

En esa casa de los grandes patios con perfumes de azahares, sus salones elegantes y la gran biblioteca, conversaban, discutían y soñaban.

Un día Sarmiento le confesó a Carmen su anhelo de llegar a ser General de la Nación. Tenía solamente el grado de Coronel.

Cuenta la tradición familiar que al día siguiente se apareció en lo de Avellaneda vestido de General, con un uniforme alquilado. Entre este golpe de teatro y los buenos oficios de Carmen Nóbrega, Sarmiento consiguió en octubre de 1874, el ascenso tan ansiado.

Benjamín Paz, también tucumano, que fue amigo y condiscípulo de Nicolás Avellaneda en Córdoba, admiraba en él más que su inmenso talento, su altura moral, su probidad sincera y su grandeza de alma.

Esas cualidades le permitieron penetrar en la coraza del huraño sanjuanino. Y Sarmiento, criticado, atacado, calumniado, supo siempre que entre todos los políticos y estadistas argentinos había uno que era su amigo de verdad: Nicolás Avellaneda.

María Marta Larguía Avellaneda
Bisnieta de Nicolás Avellaneda
Bibliotecaria de bibliotecas particulares
Conferencia pronunciada en el
Salón auditorio del ACA
(Automóvil Club Argentino)